

Identidades desdobladas

Claudia Guillén

La forma en que nos nombran desde que somos pequeños, si bien da pie a cargar con una etiqueta, de igual forma nos permite divagar en el imaginario personal para encontrar quién o quiénes podríamos ser. De esta forma, los homónimos podrían encarnarse en seres con existencia real y propia, con una vida de la cual se sabe todo, algo, o nada, lo que nos permitiría establecer un juego en el que nosotros quizá tengamos alguna característica de ellos, o bien, ser aunque sea por instantes poseedores de otra vida: como si durante nuestra estancia en el mundo pudiéramos tomar los fragmentos que más nos interesen de la de ellos, para volvernos en una suerte de mezcla frankensteiniana que carga con varias almas pero con un mismo nombre.

¿Cuántas veces no nos hemos preguntado si alguien que lleva nuestro nombre tendrá algún rasgo semejante a nosotros? Por ejemplo, quien esto escribe se enteró, gracias a otro escritor, de que el hijo del poeta de la Generación del 27, Jorge Guillén, se llamaba Claudio Guillén. Al saberlo, sentí una extraña emoción que se transformó en la certeza de que algo nos unía. Pero mi historia con el ensayista y crítico español no ha sido llevada a la página escrita, y menos en un relato de ficción; por ello, cuando comencé a leer la novela *Todas mis vidas posibles*, de Beatriz Rivas, editada bajo el sello Alfaguara, sabía que de alguna u otra manera Rivas había trasladado a la literatura esta inquietud, dándose vida a ella misma y a sus homónimas, insertándolas en diversos escenarios que le permitieron desarrollar historias por demás interesantes, unidas por el solo conjuro de una historia semejante, por una fuerza similar y por su nombre: Beatriz.

Todas mis vidas posibles se divide en catorce apartados cuyo eje temático es la re-



lación epistolar que establece la propia autora con William Coday, un inquilino del Pabellón de la Muerte en la Penitenciaría de Florida, condenado a la pena capital por el asesinato de dos mujeres, quien tras leer su obra decidió escribirle. Coday no es un asesino con un perfil común, se trata de un hombre culto que habla varias lenguas y que se siente plenamente identificado con la también autora de *La hora sin diosas*. Fue precisamente este libro el que dio pie a esta relación, relación que a su vez permitió a la autora intercalar las historias, en esta novela, de otras Beatrices —sus Beatrices— que se desenvuelven sin enfado y cargan su historia compartida por un nombre en común.

Al inicio del volumen la narradora abre una pregunta: ¿Cuántas mujeres podemos llegar a ser, dependiendo de nuestro nom-

bre de pila y, quién nos lee ya cuando el libro está publicado? Pareciera que el descubrimiento de este hombre que, mientras espera su muerte, expresa su admiración hacia ella, le despierta la necesidad de encontrar a mujeres que tengan otras historias, para relatarlas cuidando cada detalle en su prosa. Me explico: durante la lectura del libro podemos encontrar, tanto a una exiliada española senegalesa, como a una manicurista que predice el futuro a través de los sueños, así como a una mujer que tuvo una pésima relación con su madre y, a la muerte de ésta, descubre un secreto que le cambia la vida. Pero también vislumbramos una de las grandes pasiones de Rivas: la literatura: en algunos de los apartados hay homenajes a autores como Dante y su Beatriz, o a Carlos Ruiz Zafón. Otros de los ejes de *Todas mis vidas posibles* son la relación con la muerte, y los lazos con la madre, sean éstos buenos o malos. Se trata de subtramas cargadas con relaciones de amor-odio, de vida o muerte, de cotidianidades complejas.

En “Beatriz dos: Correspondencia”, por ejemplo, después de la muerte de su madre, Ana Beatriz recibe un sobre que devela el secreto guardado por su progenitora y que cambia, no sólo a la protagonista, sino también la percepción que Ana tiene de su madre muerta, que se modifica drásticamente. A lo largo de los relatos, los elementos eróticos se distribuyen puntualmente, y son una constante que comienza a plantearse desde las primeras páginas. En “Beatriz Tres: Una comedia”, Rivas nos permite adentrarnos en el universo y en las confesiones de la musa de Dante, quizá la Beatriz más conocida de toda la historia de la literatura universal: aquella mujer que hizo que el autor italiano llegara al paraíso. Sin

embargo, esta Beatriz se recrimina por la mujer en que se le ha idealizado. Su confesión —seiscientos años después de su muerte y su inmortalización a través de la poesía— nos muestra a otra, mucho más humana, mucho más compleja.

“Beatriz Cuatro: en una patera” —quizá mi preferido— es un apartado largo donde la narradora se topa con otra Beatriz, consecuencia del mestizaje entre un capitán español y una senegalesa, lo que da como resultado una mujer de ojos verdes y piel morena que se sabe más cercana a sus raíces africanas que a su origen peninsular. Ella huye de España porque no se siente parte de la nación, pero curiosamente tampoco forma parte de ese otro país, tan cercano geográficamente al continente europeo y tan ajeno a sus costumbres y vida. En este capítulo, Beatriz Rivas lleva a cabo un escrupuloso ejercicio de atmósferas y un fiel retrato de sus personajes para establecer sus diferencias, empezando por Beatriz, la española senegalesa.

En una estructura ondulante, en cada apartado Rivas regresa a su historia con el presidiario. A través de sus palabras, comienza a vislumbrarse la empatía que se genera entre ambos, lo que no deja de causarle a la narradora cierto sentimiento de culpa. Él es un hombre de contrastes, que fue agredido de niño; vivió y escribió un libro en Ciudad Juárez, cuando huía por

haber asesinado a su esposa. La dualidad se establece, pues Beatriz Rivas ha tenido una vida cómoda, a diferencia de su correspondal, y de otro personaje que pensó que la dicha llegaría cuando desapareciera el muro de Berlín. De este par de hombres, ni uno ni otro ha alcanzado la felicidad.

Continuando con el juego, Beatriz Rivas de pronto puede ser alguien que habla desde la muerte o desde la ficción. En ocasiones es evidente el interés de la autora por los problemas que han atraído la mirada internacional: me refiero a los homicidios de mujeres en Ciudad Juárez. Así, la narradora como una de tantas que han padecido vejación de género. Su solidaridad con estas víctimas y con sus madres es tan fuerte que se asume como una más, a pesar de que ello la lleve a romper un juramento de infancia con su madre.

En otro apartado, la madre de la reportera que va a Juárez obsesionada por las “muertas” acude con una manicurista, de nombre Beatriz, que sueña lo que les pasará a sus clientes, aunque al tratarse de ella misma no tiene este don. Es la más solicitada del salón de belleza, y muy atinada con sus predicciones. La madre, en su desesperación, le pide ayuda para encontrar el paradero de su hija.

Si bien, *Todas mis vidas posibles* representa un mosaico de posibilidades de lo que podrían ser las historias que otros ha-

bitantes del mundo viven con un nombre idéntico al nuestro, también es un reto narrativo: en cada una de las vidas narradas por Beatriz Rivas el tratamiento narrativo dota a los personajes de un perfil único. Su prosa fluye sin complicaciones para internarnos en sus propias obsesiones, reales o ficticias, que nos dejan un sabor de boca agradable. En estos relatos, el lector podrá sentirse identificado con alguna de las Beatrices, aunque su nombre sea otro, pues cada una de estas historias está unida a las demás por una mirada franca e inquietante, una visión que abreva con docilidad en mundos que nos podrían parecer ajenos pero que son más cercanos de lo que podríamos percibir. Con una estructura arriesgada y una imaginación fértil, *Todas mis vidas posibles* cumple su cometido: la narradora nos muestra que cualquier indicio es suficiente para desdoblarnos en otros, para crear mundos cargados de complejidad, matizados siempre por un punto de vista humano, analítico, poético y erótico, es decir, por la creación de universos paralelos creíbles y vívidos. Y ello sólo se consigue por medio de un oficio literario constante y bien empleado. **U**

Beatriz Rivas, *Todas mis vidas posibles*, Alfaguara, México, 2009, 250 pp.



Jasper Johns, *Edingsville*, 1965